

Guía para la lectura y estudio de la encíclica *Fratelli tutti*

Emilio Martínez Albesa

Historiador, profesor de la Facultad de Teología del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*.

Notas

1. Ante qué documento nos encontramos. Contenido, estilo y estructura

F*ratelli tutti* (FT) es una encíclica social que aspira a dialogar con todas las personas de buena voluntad, creyentes o no, firmada por el Papa Francisco el 3 de octubre de 2020. En su contenido, no expone doctrina católica de forma sistemática, sino que, refiriéndose a multitud de problemas de la actualidad internacional sin analizarlos a fondo, insiste en la dimensión universal del amor fraterno.

El magisterio pontificio, especialmente en materia social, puede legítimamente indicarnos a todos un cambio de actitud y de comportamiento en línea con el Evangelio, justificado ya suficientemente por la autoridad propia de la verdad evangélica, y motivarlo mediante una lectura propia y opinable de la coyuntura social, que no sea necesariamente compartida y asumible por todos. «El peso doctrinal de las diversas enseñanzas [del Magisterio social] y el asenso que requieren depende de su naturaleza, de su grado de independencia respecto a elementos contingentes y variables, y de la frecuencia con la cual son invocadas» (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 80). En este sentido, el Papa con *Fratelli tutti* no quiere tanto explicar doctrina cuanto recordar partes de ella para invitarnos a reflexionar y a modificar sobre nuestra actitud ante un mundo de divisiones y enfrentamientos. Su mensaje es fuerte y contundente: *Tenemos el deber fraterno de practicar la amistad social con todos, comenzando por procurar el bien para aquel que descubrimos más excluido en nuestro propio entorno*.

En su estilo, esta encíclica no asume un lenguaje teológico académico, sino que opta por el género exhortativo y coloquial. Debe leerse como si se estuviera escuchando una larga homilía. Cual predicador, el Papa utiliza un lenguaje evocativo y poético, coloquial y divulgativo, rotundo e imperativo, recurriendo a expresiones de cuidada belleza y de gran fuerza expresiva, a

modo de eslóganes, pero faltas del rigor conceptual de la teología y de las ciencias sociales. Así, la encíclica adquiere un estilo profético y performativo, con frases que pretenden mover a cambios, iniciar procesos, engendrar nuevas realidades. Estamos ante un texto inspirador, orientador y motivador, en el que encontramos: el anuncio revolucionario de alegría evangélica; la denuncia desencarnada del mal que nos rodea y de nuestras omisiones cómplices; la defensa ardiente de los vulnerables y de la paz; la llamada a la conversión personal, comunitaria, ecológica y estructural; la experiencia de misericordia, perdón, encuentro, solidaridad y gratuidad; la visión y esperanza de un mundo distinto y mejor.

El estilo coloquial y algo impreciso de Francisco facilita la comprensión de lo sustancial de su comunicación por parte de cualquier lector, sin necesidad de que este tenga una formación elevada. Sin embargo, no ayuda a una unívoca interpretación de párrafos particulares, donde las ideas no parecen concatenarse con todo el rigor lógico ni ofrecer juicios concluyentes. Los contenidos temáticos aparecen hasta cierto punto deshilvanados y dispersos a lo largo de la encíclica. Además, el yuxtaponer tantas citas parciales de las intervenciones del autor hechas en otros contextos complica ulteriormente la comprensión integral del texto.

En definitiva, esta encíclica, fácilmente comprensible en las actitudes de vida generosa que quiere suscitar (caridad, solidaridad, generosidad), o sea, en lo sustancial o nuclear de su mensaje, no lo es tanto en algunas ideas particulares que presenta, sobre todo si se pretenden interpretar al pie de la letra. Resultará así muy útil para un examen de conciencia personal y comunitario sobre nuestro amor fraterno al prójimo; pero, de cara a resolver las problemáticas actuales, requerirá de estudios y reflexiones a partir de ella que clarifiquen los temas en ella esbozados.

En el debate sobre la crisis mundial actual, los estudiosos de la doctrina social de la Iglesia no podemos dejar pasar sin más esta encíclica, que apunta al corazón mismo de la misión del Evangelio como fermento en la sociedad: la levadura social de la fraternidad. Debemos *leer la encíclica* con una hermenéutica de continuidad con el magisterio pontificio precedente y como una invitación a la reflexión en clave de examen de conciencia personal y comunitario. Pero, además, en un paso ulterior, tenemos que *leer la coyuntura actual del mundo* y sus necesidades de fraternidad y amistad social desde la reflexión y con el diálogo a los que nos anima la misma encíclica.

La estructura de *Fratelli tutti* responde a los tres momentos clásicos de la *revisión de vida* como método de discernimiento apostólico. El primer capítulo responde al *ver*: mira la situación actual del mundo para evidenciar

las necesidades de fraternidad que tiene a la luz de lo que Dios quiere para él. En el segundo capítulo encontramos el *juzgar*: así, la parábola del buen samaritano nos revela lo que Dios quiere de nosotros para que contribuyamos a dicha fraternidad con un compromiso de amistad social abierta a todos. El resto de los capítulos, del tercero al octavo, desglosan el *actuar*.

En respuesta coherente y creativa a lo que Dios espera de nosotros, el Papa nos propone comenzar haciendo el esfuerzo de entrar en la lógica del amor, que permite pensar las relaciones de modo verdaderamente humano, generando la posibilidad de un mundo abierto (capítulo tercero, que hace de puente entre el *juzgar* y el *actuar*, al insistir en criterios antropológicos fundamentales como la dignidad de la persona, la apertura intrínseca del amor y el destino universal de los bienes creados). Después, desafía a nuestro corazón incomodándonos con la presentación del problema de los migrantes y, después, de la relación obligada y fecunda entre lo local y lo universal (capítulo cuarto). La necesidad de repensar y practicar la política desde el amor comprometido por el bien común universal es otra línea del *actuar* (capítulo quinto, que tiene una primera mitad donde en cierta forma se vuelve al *ver* de la situación actual y una segunda donde se plantean constructivamente posibilidades de mejora). Se propone además el diálogo desde la verdad y animado por la amistad social como el medio para generar una cultura del encuentro (capítulo sexto). Sobre estas bases, se exponen caminos para la paz, que, fecundados por la amistad social, pasan por la integración de todos comenzando desde los últimos, por el perdón consciente y auténtico, por la renuncia a la guerra y por la abolición de la pena de muerte (capítulo séptimo). Finalmente, se detiene sobre el papel de las religiones en general y del cristianismo en particular en la promoción de la fraternidad y sobre la necesidad de asegurar la libertad religiosa (capítulo octavo). La encíclica se cierra con la propuesta de dos oraciones: una para todos los creyentes y otra para los cristianos.

Benedicto XVI, citando a Pablo VI, indicó que el mundo necesita repensar el humanismo y que la principal causa del subdesarrollo es «la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos» (*Caritas in veritate*, 19). Hoy Francisco nos convoca a todos a compartir un común ideal de fraternidad, un *sueño* de amor social, que, comprometiéndonos por integrar al excluido, alimenta la esperanza que brota de ese anhelo de verdad, bondad y belleza que Dios ha sembrado en el corazón humano.

2. Construir lo global y lo local desde el valor de la persona. En el corazón de la encíclica

La idea principal de la encíclica *Fratelli tutti* es que, consecuentes con la verdad de que todos somos hermanos, debemos cultivar una amistad social que tienda a alcanzar a todos, comenzando por atender las necesidades del más excluido de nuestro entorno para progresivamente extenderse lo más posible. Es decir, la igual dignidad de cada persona humana nos exige comprometernos con el bien común, el cual, puesto que comprende a todos, se promueve desde el cuidado del más pobre, débil o excluido.

Este compromiso por el bien común, en el que se traduce el amor social, une dos polos: el universal y el particular. Para Francisco, la fraternidad es universal y se piensa desde una universalidad que sabe dar al bien común universal la primacía que le corresponde, mientras que la amistad social ha de empezar por practicarse con el más cercano, en lo concreto y local, hasta abrazar la universalidad de la entera familia humana: así, «la fraternidad universal y la amistad social dentro de cada sociedad son dos polos inseparables y coesenciales» (FT, 142).

Desde la refutación de los fundamentos individualistas voluntaristas de la Revolución francesa con el breve *Quod aliquantum* (10 de marzo de 1791), el magisterio pontificio ha venido insistiendo en la confutación del individualismo filosófico –y de los colectivismos en él fundados– en cuanto que, renegando de la sociabilidad natural del ser humano, interpretaría la sociedad como una construcción artificial de las voluntades personales sin reconocer su origen en la naturaleza del hombre. El Concilio Vaticano II pidió superar la ética individualista, dado el relativismo moral al que conduce el individualismo egoísta.

A este respecto, la continuidad del magisterio de Francisco respecto de sus predecesores es manifiesta. Como han enseñado los últimos papas, «no puede tener bases sólidas, una sociedad que –mientras afirma valores como la dignidad de la persona, la justicia y la paz– se contradice radicalmente aceptando y tolerando las más variadas formas de menosprecio y violación de la vida humana, sobre todo si es débil y marginada» (*Evangelium vitae*, 101 y *Caritas in veritate*, 15). El bien común objetiva el auténtico desarrollo social, que por tanto ha de medirse desde la situación de los últimos.

De aquí que *Fratelli tutti* aborde toda la problemática social del mundo de nuestro tiempo desde la búsqueda de soluciones para armonizar el interés por la globalidad con la preocupación por lo local desde el primado de la persona humana. Si bien, esto aparece más explícitamente abordado en el capítulo cuarto, es línea conductora de la entera encíclica. La dialéctica entre

lo universal y lo particular, lo lejano y lo cercano, lo global y lo local, requiere en nuestra época de visiones clarividentes, que sean capaces de armonizarla. Por esto, la parábola del buen samaritano sobre quién es el prójimo resulta altamente significativa para nuestro tiempo. Hoy no podemos renunciar a pensar globalmente y al mismo tiempo localmente para construir un mundo justo, fraterno, digno del hombre.

3. El concepto de “mundo” en la *Fratelli tutti*

Enlazando con su anterior encíclica, el Papa Francisco, en *Fratelli tutti*, repara en que «necesitamos constituirnos en un “nosotros” que habita la casa común» que es «el mundo que nos rodea y contiene» (FT, 17). Ese “nosotros” se construye desde el reconocimiento de nuestra fraternidad y mediante el cultivo de la amistad social. Esta tarea nos exige abrirnos al mundo, entendido como abrirnos con amor «al vecino», al prójimo, «en una familia de naciones» en pro de «una sana integración universal» (FT, 151). El ideal de mundo que presenta el pontífice es pues «un mundo abierto que tenga lugar para todos, que incorpore a los más débiles y que respete las diversas culturas» (FT, 155). Frente a este ideal de mundo integrado como familia de naciones o pueblos, la encíclica nos pone en guardia frente a dos falsos ideales de integración mundial, dos tentaciones a superar: uniformizar el mundo, uniendo a las personas bajo los intereses particulares de algunos e imponiéndoles un modelo cultural único (cf. FT, 12, 148 y 105); y encerrarse en el propio mundo, como si lo que está fuera de él no existiera, fragmentando el mundo real en muchos submundos autorreferenciales e incomunicados (cf. FT, 27, 146, 104 y 89).

El Génesis nos recuerda que las personas humanas estamos llamadas por Dios a vivir en relación, a cuidarnos unas a otras, que somos todos hermanos (cf. FT, 57: *Gen* 4, 9). Nacidos con la misma dignidad —porque «Dios ama a cada ser humano con un amor infinito» que «le confiere una dignidad infinita» (FT, 85)—, compartimos un único mundo que existe para el desarrollo de todos nosotros y que nos pertenece a todos por igual (cf. FT, 118), dado el destino universal de los bienes creados (cf. FT, 119-120). Desde esta base teológica y antropológica, nos descubrimos «como familia humana» (FT, 141) y podemos promover, como buenos samaritanos, el ideal de un mundo integrado como familia universal de pueblos (cf. FT, 85).

En el camino del amor fraterno que construye la auténtica familia humana, distingo siete pasos. El primero es el reconocimiento de la dignidad o valor infinito de cada persona, que es la base necesaria para sostener la amistad social, la gratuidad hacia los últimos, la apertura del corazón a un

horizonte universal (cf. FT, 106, 125, 141 y 142). La conciencia de la igual dignidad de todos nos impulsa a dar el paso de la reparación de la dignidad en aquellas personas donde la encontramos más dañada (cf. FT, 78, 97 y 193). El tercer paso es precisamente, bajo este dinamismo reconciliador, hacer avanzar nuestro amor en círculos cada vez más amplios hasta alcanzar el mundo entero, pues el verdadero amor es siempre difusivo (cf. FT, 89). Por este camino de ampliación tendencialmente universal del amor, se alcanza la gratuidad, que es nuestro cuarto paso, es decir, ese desinterés en la donación que es propio de la fraternidad y que caracteriza las relaciones verdaderamente abiertas (cf. FT, 104). La gratuidad permite encontrarse de verdad con el otro y acogerlo como es con pleno respeto de su persona y abriéndose al diálogo sincero y constructivo con él (cf. FT, 134, 198 y 199). El respeto y el diálogo dan paso, por tanto, en sexto lugar, al desarrollo y progreso en humanidad de las culturas (cf. FT, 148). Desde la cultura, damos en este camino de amor un séptimo paso, que es el trabajo. Si la cultura es fruto del trabajo del hombre, también es el espacio que posibilita que el trabajo de cada uno sin exclusión fructifique de manera conforme a su dignidad, pues resulta acogido por la misma cultura y a través de ella se hace bien compartido por la comunidad para enriquecimiento de todos (cf. FT, 162). Así, todos contribuyen con su donación personal a la edificación de la familia humana. Por este camino ascendente, el plan de Dios sobre el ser humano en el mundo encontrará realización en un mundo fraterno integrado, en el que la universalidad no diluye las legítimas particularidades (cf. FT, 151).

La fuente y el motor de este camino es la caridad social y política: un amor que se expresa en las relaciones personales y sociales y que se traduce en la vivencia de la doctrina social de la Iglesia para construir un mundo mejor (cf. FT, 181). Francisco lo califica como un amor «efectivo» (FT, 183-185, cf. 195), usando así un adjetivo preferible a “eficaz” o “eficiente” para respetar la primacía de la gracia divina, sin caer en el eficientismo, pero llamando al mismo tiempo al compromiso libre del hombre. La caridad social busca tener un efecto de real mejora del mundo, de la vida de las personas, dejando con confianza en Dios el resultado alcanzado, pues Él es el garante de que ningún acto de verdadero amor quede infecundo, se pierda. Por esto, se trata de un amor verdadero, que, lejos de todo buenismo subjetivo, comienza por buscar la verdad de las cosas, de las situaciones, para imprimir su efecto en la realidad, dialogando con las ciencias. De esta forma, se hace también amor resolutivo. Este amor efectivo es fecundo en lo sobrenatural y natural, pero no necesariamente exitoso desde el punto de vista meramente humano.

El mundo tiene una apremiante y sangrante necesidad de esperanza y reconciliación. La Iglesia debe ser hogar de puertas abiertas para sostener la esperanza y tender puentes que permitan la reconciliación. En su seno maternal, se ha de gestar el germen del mundo nuevo de justicia y paz, donde todos seamos hermanos y haya lugar para todos; se ha de gestar, en definitiva, la nueva humanidad (cf. FT, 278).

4. Para una teología de la fraternidad universal. Recuperando raíces y esperando frutos

El Papa Francisco nos ofreció en *Lumen fidei* (51, 54 y 55) una base teológica para la fraternidad humana, afirmando que es la fe la que hace posible el descubrimiento de la fraternidad y de la dignidad de todas las personas, y habló en *Laudato si'* (228) de una fraternidad universal, ampliada incluso a todas las criaturas, por tener a Dios como Padre, que nos reclama gratuidad en nuestras relaciones sociales y funda el amor civil y político. Ahora, en *Fratelli tutti*, propone una vuelta a las raíces de la fraternidad y de la amistad social en Dios (cf. FT, 1, 85, 91, 120, 140, 144, 195, 214, 254 y 271-287, y las dos oraciones finales).

Al mismo tiempo, Francisco desea que saquemos todas las consecuencias de la verdad de fe de que *cada hombre es una bendición de Dios para mí* (cf. *Lumen fidei*, 54 y *Gaudete et exsultate*, 19-24). En cuando traído al mundo por el amor por Dios es ya objetivamente manifestación de este amor gratuito del Dios que nos bendice. Nada de lo que ese hombre haga, aun cuando sea malo, podrá borrar el amor de Dios de que ha sido objeto y que testimonia con su sola existencia. Pero además Jesucristo permanece inseparable de cualquier persona humana, haciendo posible que donde abundó el pecado sobreabunde la gracia. Construir la vida personal y social desde esta verdad de fe de que cada persona es una bendición de Dios para los demás es algo muy comprometedor. La cultura del encuentro y del diálogo que tanto promueve *Fratelli tutti* enraíza en ella. La amistad social solo encuentra su base sólida en la fe en el amor de Dios hacia todos. La fraternidad es un don recibido y la amistad social es entonces una actitud de donación que hemos de cultivar en correspondencia a ese don recibido. La Iglesia, en cuanto familia de Dios, ha de promover una fraternidad global en salida amistosa hacia las periferias sociales y existenciales del mundo entero.

Las virtudes teologales sostienen la fraternidad y alimentan la amistad social de la encíclica *Fratelli tutti*. La fe y su papel social se traducen aquí en una reivindicación del derecho a la libertad religiosa y hace oportuno un acercamiento a la naturaleza del acto de fe que despeje los prejuicios que la

vinculan con la intolerancia y la violencia. La *esperanza*, al fundarse en el amor salvífico de Dios, permite abrirse a la búsqueda de la justicia en medio de los retos de la historia sin ingenuidad ni desánimo. La *caridad*, el amor, permea todo el documento y el concepto de prójimo que el pasaje del buen samaritano nos ofrece tiene mucho que decirnos sobre su dimensión social y política.

5. Fraternidad y amistad. Para un acercamiento filosófico

La fraternidad, por ser un vínculo natural que precede a la libre inclinación de nuestra voluntad, parecería del todo diversa a la amistad, la cual es un vínculo voluntario producto de nuestras decisiones libres. Al mismo tiempo, no obstante, sabemos que los hermanos pueden llegar a quererse mediante un amor gratuito tan perfecto que llega a identificarse como el ideal más elevado al que puede aspirar la amistad humana. Sin duda la filosofía puede iluminar estos conceptos y su relación, considerando y profundizando temas como: la relación entre lo universal y lo particular, la relación entre el individuo y la comunidad, el altruismo como amor universal, la sociabilidad humana y la amistad social, la relación entre fraternidad y libertad e igualdad, la categoría del encuentro interpersonal, la relación entre verdad y consenso, el diálogo y la cultura, el perdón, la experiencia religiosa, la utopía y la esperanza.

6. Una espiritualidad para la fraternidad universal. El franciscanismo de esta encíclica

Para la formulación de una espiritualidad de la fraternidad universal, el Papa nos remite a san Francisco de Asís (1182-1226) y al beato Charles de Foucauld (1858-1916), y nos ilumina con el texto de dos oraciones conclusivas, a Dios Creador y Trino. También ha encontrado motivación en algunos no católicos e incluso no cristianos, como el bautista Martin Luther King, el anglicano Desmond Tutu y el hinduista Mahatma Mohandas Gandhi, entre otros.

San Francisco representa un hito en la historia de la espiritualidad cristiana de Occidente. Precisamente cuando la Iglesia aparecía a los ojos humanos más sólida, después de siglos de una continua superación exitosa de problemas, en pleno pontificado de Inocencio III (1198-1216), san Francisco recibe la profética llamada divina a repararla. El carisma franciscano propuso vivir un Evangelio sin glosa, en humildad, pobreza, simplicidad. Efectivamente, al declinar del mismo siglo XIII, aquella poderosa Iglesia se sorprendería a

sí misma inmersa en una profunda crisis, ya del todo evidente en el siglo XIV. En respuesta, se generalizará un ansia de reforma en su cabeza y en sus miembros. Con el sucesivo acumularse de problemas sin resolver, esta necesidad de reforma llegará hasta nuestros días. Al escoger su nombre, el Pontífice actual identificó a san Francisco como santo de los pobres, de la paz y de la custodia de la creación; pero podemos añadir que este nombre expresa también de alguna forma el deseo vivo de la comunidad católica de una conversión profunda a lo más esencial del Evangelio.

El santo de Asís es modelo excelente de fraternidad universal. Su *Carta a los fieles* (en su segunda redacción) está, en realidad, dirigida también a todos los habitantes del mundo por el amor apostólico fraterno y universal que lo animaba. Su experiencia con los leprosos fue decisiva en su biografía para abrazar a la humanidad desde los más excluidos. El legendario episodio del lobo de Gubbio evoca su real capacidad de sembrar paz, convocando a todos a la promoción del bien común. Por último, la referencia al perdón en el *Cántico de las criaturas* sella la potencia reparadora, constructiva, pacificadora de su espiritualidad. La actual encíclica no menciona estos episodios; pero evoca la herencia espiritual de este santo desde su título. Ha traducido innecesariamente al italiano el original vocativo latino «*omnes fratres*» de la *Admonición VI*, 1 de san Francisco para darse título –*fratelli tutti*– y lo ha reinterpretado en una clave universalista que no tenía, pues se dirigía específicamente a los frailes franciscanos. Sí menciona el encuentro del santo con el sultán de Egipto en 1219 en Damietta; episodio que aquí se interpreta como ejemplo de la mansedumbre con que habrían de comportarse los frailes entre los infieles.

Mucho más cercano a nosotros en el tiempo, el beato Charles de Foucauld supo reconocerse *hermano universal* de todos y vivir una vida eremítica en el desierto argelino para colocarse caritativa y fraternalmente junto a los últimos como fermento de paz y comunión. Unió contemplación y disponibilidad hacia todos. Su espiritualidad tiene un claro paralelismo con la del santo de Asís, si bien se inspira en la vida oculta de Jesús en Nazaret y sus fuentes son, sobre todo, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Juan Crisóstomo y los Padres del desierto.

7. Los principios y valores de la doctrina social cristiana en *Fratelli tutti*

En *Fratelli tutti*, los principios de la doctrina social de la Iglesia se encuentran puestos en juego a lo largo de todo el texto de la encíclica. La *dignidad* de las personas humanas aparece como punto de partida irrenunciable,

pero también como ideal que ha de animar permanentemente el esfuerzo por humanizar la vida social, siendo preciso anclarla en la fraternidad para que la igualdad en ella sea descubierta y fructifique. El Papa reacciona frente a la indiferencia con la que hacemos invisibles a quienes no estamos dispuestos a ayudar. Un mundo mejor para todos no se alcanzará por la simple suma de intereses individuales, sino por el servicio al verdadero *bien común* (cf. FT, 105 y 154). El bien común universal debe tener la precedencia para poder ordenar con justicia las relaciones sociales y custodiar armónicamente los legítimos bienes comunes de las diversas realidades sociales (cf. FT, 257). La relación entre el principio del *destino universal de los bienes* y la *propiedad privada* permite reivindicar la función social de la propiedad (cf. FT, 118-127). La *solidaridad* guarda relación con la fraternidad y con el amor social por el bien. La *subsidiaridad* se invoca aquí de abajo hacia arriba, inversamente a como generalmente se hace, y aparece en relación con la *participación* social (cf. FT, 142, 175 y 187). Por último, la *gratuidad* no puede olvidarse al hablar de un amor social fundado en la fraternidad y al considerar la parábola del buen samaritano (cf. FT, 93).

Además, al poner en juego tales principios, el Papa manifiesta de forma elocuente la intrínseca relación que guardan entre ellos. Esta relación merecería ser también ulteriormente profundizada. Por ejemplo: «Cuando se respeta la *dignidad del hombre*, y sus derechos son reconocidos y tutelados, florece también la creatividad y el ingenio, y la personalidad humana puede desplegar sus múltiples iniciativas en favor del *bien común*»; por lo que hay que «colocar en el centro de toda acción política, social y económica, a la persona humana, su altísima *dignidad*, y el respeto por *el bien común*» (FT, 22 y 232). De aquí, el sentido de la opción por los pobres: «Todas las medidas económicas y políticas deben ser evaluadas por sus efectos sobre los pobres»¹.

A partir del bien común habrá de reconstruirse siempre el orden político y social porque la existencia de cada uno está ligada a la de los demás, siendo la vida tiempo de encuentro (cf. FT, 66). Así, es necesario «un renovado sentido de unidad de la familia humana que nos impulse a la *solidaridad* y al compromiso serio por una vida más *digna* para todos», orientándonos al encuentro, a la búsqueda de la verdad, al servicio, especialmente de los últimos, para construir el *bien común* (FT, 205; cf. FT, 282). La armonía entre lo global y lo local, que por tal camino se alcanza, es lo que posibilitará «poner en marcha mecanismos de *subsidiaridad*» (FT, 142). El compromiso de la

¹ G. AUGUSTIN, «El buen hacer en economía: una perspectiva cristiana», en W. KASPER - G. AUGUSTIN (eds.), *Amistad social: Claves de lectura de Fratelli tutti*, Sal Terrae, Bilbao 2021, 139.

sociedad civil como expresión del «principio de *subsidiariedad*, inseparable del principio de *solidaridad*», da vida a «esfuerzos admirables pensando en el *bien común*» (FT, 187 y 175). El sabernos familia humana, donde todos son valorados en su igual dignidad, que comparte *solidariamente* un *bien común* es lo que estimula la *gratuidad* (cf. FT, 93, 141 y 152).

También los valores de la doctrina social de la Iglesia aparecen puestos en juego, en su dinamicidad. La *verdad* es un valor social irrenunciable que hace posible el diálogo constructivo y el perdón, en contraposición con el relativismo filosófico. A la *libertad* se le despoja de sus disfraces para, reconducida a la fraternidad, porque sin amor no existe, recuperarla en cuanto valor social. La necesidad que la libertad y la igualdad tienen de la fraternidad para superar un horizonte egoísta es puesta de relieve sin referencia alguna a la triada de la Revolución francesa, razonando a partir de la raíz natural y evangélica de los mismos (cf. FT, 103-105). La *justicia*, inseparable de la verdad y de la misericordia, es el norte para el perfeccionamiento continuo de la sociedad. El *amor*, particularmente en su versión social y política, es principio, camino y meta de la fraternidad.

8. Temas centrales y secundarios de la encíclica

El denominador común de los temas centrales de *Fratelli tutti* es la búsqueda de una relación armónica entre lo universal y lo particular, lo global y lo local. Algunos de ellos son, por supuesto: la fraternidad universal, la amistad social, la caridad política, la política necesaria, el mundo, el pueblo, la exclusión y la inclusión social, el diálogo intercultural, la globalización y el localismo, el individualismo egoísta.

Pero el abanico temático de la encíclica es amplísimo. Comprende también una serie de problemáticas para vivir la fraternidad en el actual contexto internacional sobre las que presenta algunas propuestas invitando a una reflexión y diálogo. Se podrá estar en mayor o menor acuerdo con lo afirmado por Francisco en estos casos, en cuanto ello sea opinable; pero siempre servirá de estímulo para profundizar en el análisis y reflexión. Algunos de estos temas son: las migraciones y los migrantes, la guerra y el armamento, la pena de muerte, el perdón, la paz, la actualidad de la economía de libre mercado, los nacionalismos, el populismo y los populismos, el liberalismo, la actividad política, la autoridad pública internacional, la libertad religiosa, la religión y la vida pública, la comunicación y la amabilidad, el relativismo filosófico y moral, los atentados contra la dignidad de las personas hoy, las actuales pobreza, el liderazgo popular.

9. Intuiciones para un examen de conciencia personal y comunitario

Fratelli tutti es una encíclica profética y, con ella, el Papa nos interpela, llamándonos a un examen de conciencia. Francisco se permite expresarnos algunas intuiciones de verdades con un estilo provocativo y exhortativo que nos descolocan, sorprenden, incomodan o disgustan. Por ello, ameritan un discernimiento racional, moral e incluso espiritual por parte nuestra. Se requiere en algunos casos una correcta traducción y aplicación que las dimensione y contextualice, explique su sentido y haga ver la verdad que encierran o la verdad a la que apuntan. Para esto, puede ser necesario recurrir a otras variadas fuentes de la sabiduría cristiana de todos los tiempos, por más que requieran una adecuada contextualización histórica en nuestro presente. Algunas de estas intuiciones podrían ser:

- «[...] podríamos decir que, en este momento, todo el que no es saltador o todo el que no pasa de largo, o bien está herido o está poniendo sobre sus hombros a algún herido» (FT, 70).
- «La paradoja es que a veces, quienes dicen no creer, pueden vivir la voluntad de Dios mejor que los creyentes» (FT, 74).
- «Hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia» (FT, 97).
- «Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites» (FT, 18).
- «[...] si alguien no tiene lo suficiente para vivir con dignidad se debe a que otro se lo está quedando» (FT, 119).
- «[...] “el solo hecho de haber nacido en un lugar con menores recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad”» (FT, 106; EG, 190).
- «Así, se llega a pensar ingenuamente que los pobres son peligrosos o inútiles y que los poderosos son generosos benefactores» (FT, 141).
- «La pobreza siempre se analiza y se entiende en el contexto de las posibilidades reales de un momento histórico concreto» (FT, 21).
- «El mercado solo no resuelve todo, aunque otra vez nos quieran hacer creer este dogma de fe neoliberal. [...]. El neoliberalismo se reproduce a sí mismo sin más, acudiendo al mágico “derrame” o “goteo” –sin nombrarlo– como único camino para resolver los problemas sociales. No se advierte que el supuesto derrame no resuelve la inequidad, que es fuente de nuevas formas de violencia que amenazan el tejido social» (FT, 168).

- «La verdadera calidad de los distintos países del mundo se mide por esta capacidad de pensar no solo como país, sino también como familia humana» (FT, 141).
- «Solo una cultura social y política que incorpore la acogida gratuita podrá tener futuro» (FT, 141).
- «Y cualquiera que levante un muro, quien construya un muro, terminará siendo un esclavo dentro de los muros que ha construido, sin horizontes. Porque le falta esta alteridad» (FT, 27)
- «En nuestro mundo ya no hay solo “pedazos” de guerra en un país o en otro, sino que se vive una “guerra mundial a pedazos”, porque los destinos de los países están fuertemente conectados entre ellos en el escenario mundial» (FT, 259).
- «La agresividad social encuentra en los dispositivos móviles y ordenadores un espacio de ampliación sin igual. [...] El funcionamiento de muchas plataformas a menudo acaba por favorecer el encuentro entre personas que piensan del mismo modo, obstaculizando la confrontación entre las diferencias. Estos circuitos cerrados facilitan la difusión de informaciones y noticias falsas, fomentando prejuicios y odios» (FT, 44-45).
- «[...] la organización de las sociedades en todo el mundo todavía está lejos de reflejar con claridad que las mujeres tienen exactamente la misma dignidad e idénticos derechos que los varones» (FT, 23).

10. Cierre

La dimensión práctica de la Doctrina Social de la Iglesia aparece subrayada en esta encíclica de pocas pretensiones doctrinales y muchas de cambio de actitudes y comportamientos. Estoy seguro de que afrontar los desafíos contemporáneos desde el pensamiento social cristiano y con los estímulos que nos ofrece este documento permitirá una renovación tanto de nuestras categorías sociales y políticas como de nuestras maneras de convivir.